

# A través del espejo

## Arte literario y medios

Hugo Hiriart

¿Pero puede el chismorreo alcanzar a ser un arte? ¿Por qué no? Un arte menor que puede, como todo arte, hacerse bien o mal. Y eso sí es arte que todos practicamos con entusiasmo.

El chisme es el sistema social de información. A todo ocultamiento o reserva responde el grupo social con el chisme. A toda restricción o censura corresponde un aumento proporcional del número de chismes.

Las brujas de *Macbeth* están chismorreando cuando acierta a pasar por ahí para su desgracia el trágico noble escocés. Y qué manera de chismear:

La esposa de un marinero tenía unas  
[castañas en el mandil  
y mascaba, mascaba, mascaba.

Dame, dije.

Lárgate, bruja, gritó la nalgona roñosa.  
Se fue a Alepo su marido como capitán  
[del Tigre,  
pero en un cedazo yo me iré navegando  
[allá,  
y como rata sin cola,  
roeré, roeré y roeré.

Las brujas, que dominan los vientos, soplan y *El Tigre* se hunde con el capitán a bordo, y así, en la persona del esposo, se vengán las brujas de la grosera Nalgona. Ahora, es chisme porque el barco *El Tigre* existió y de su hundimiento cuando navegaba en los mares de Oriente dieron cuenta las hojas volantes que informaban en la época.

Debe de haber sido un placer oír recortar gente a comadres como Gerarda y Celestina.

No dejo el medio oral sin mencionar siquiera uno de los grandes placeres del humano, me refiero a la conversación. ¿Qué



Henri Matisse, *La conversación*, 1909

sería de nosotros si no pudiéramos platicar con nuestros amigos? Aquí sólo quiero decir que el gran conversador no es el que habla mucho o muy bien, sino simplemente el que sabe y gusta de escuchar.

Más trabajoso y transido de vanidad es el medio escrito. Nadie duda de que sea artístico, pese a las muchas contundentes pruebas en contrario que hallamos todos los días. Es un medio lento y reflexivo. Hay escritores, como Nabokov, por ejemplo, que sin su amparo se sienten expuestos y vacilantes (*imaginando soy un genio, escribiendo soy un autor distinguido, hablando soy un tonto, explicó, más o menos*). Otros, en cambio, como Oscar Wilde, Borges o Arreola, que hablaban tan bien como escribían, y mucho de lo que dijeron es memorable. *Ya ven lo bien que escribe Ortega*, decía Baroja, *pues habla mejor que como escribe*.

El correlato del medio oral es sencillamente escuchar, mientras que el correlato del medio escrito es una actividad muy intelectual, que bien hecha supera en dificultad el arte de escribir, me refiero a leer. Los grandes hombres de letras son aquellos que mejor han sabido leer, Edmond Wilson en Estados Unidos, por ejemplo, Charles Augustin Saint-Beuve en Francia,

y entre nosotros Alfonso Reyes, antes, y hoy Christopher Domínguez.

En teatro no importa tanto lo que se escribe como lo que se visualiza, hay que imaginar las escenas: el teatro está en el escenario, no en las páginas del libro. Aquí quiero recordarles que obras que son difíciles de entender leídas, por ejemplo, *Las tres hermanas*, de Chejov, son inmediatamente comprensibles vistas en un escenario.

El teatro tiene la gran ventaja de que no le interesa prácticamente a nadie. Estamos a punto de llegar a la situación desesperada de la poesía actual, a saber, que ya sólo les interesa a los poetas y los poetas entre sí se leen y se comentan. Digo que esto es favorable porque entonces hay poco dinero circulando en la actividad. Como hay poco dinero se puede intentar fácilmente hacer teatro de arte. Si hubiera mucho dinero sería difícil, y si hubiera muchísimo dinero en la actividad, sería imposible.

De las artes literarias de pantalla, cine y tv sólo diré que, como hay en ellas dinero, son adversas al escritor. Aunque no igualmente abominables. En cine, donde se cuentan espectadores en cientos de miles, en el guionismo, hay todavía algo que hacer. En televisión, donde se cuentan en millones los espectadores, hay ya tanto dinero que el escritor independiente rebota y no tiene nada que hacer.

De donde se extrae la ley paradójica que dice *la posibilidad de arte es inversamente proporcional a la cantidad de dinero posible presente en la actividad en que pretende incidir*, es decir, a más dinero, menos arte.

Ley que, bien vista y bien pensada, no es paradójica en lo absoluto, sino en concordancia cabal con los tiempos en que nos tocó vivir. **U**